

LAUDATIO IN HONOREM

ARTURO MORGADO GARCÍA

En nuestro gremio, cada vez que se jubila algún profesional, es frecuente hacer referencia a la excelencia de su labor investigadora y académica, la cual, naturalmente, ha supuesto un avance importante en nuestra disciplina y ha marcado nuevos caminos y nuevas rutas a seguir por esa senda inagotable que es el conocimiento. De este modo, se suele siempre terminar con una larga relación de publicaciones, que dan la impresión de que nuestro paso por el mundo universitario se reduce a poco más que un listado telefónico.

Pero, por encima de su labor investigadora, todos estos profesionales que inauguran una nueva etapa en su vida, que siempre se espera sea lo más dilatada y fecunda posible, son, ante todo, personas, que en función de las circunstancias o de su talante dejan una huella más o menos profunda. Porque no perdamos de vista en ningún momento que somos los libros que leemos, la música que escuchamos, las películas que vemos, los viajes que disfrutamos, y las personas que conocemos. Nuestro yo no es algo biológicamente acabado, sino el fruto de una continua construcción en la que el papel fundamental lo marcan nuestras experiencias vitales, y las personas que nos rodean y nos acompañan son un elemento primordial en dichas experiencias.

Y, naturalmente, todo esto viene a cuento de la jubilación el pasado 30 de septiembre de 2020 de tres compañeros nuestros, los profesores Manuel Bustos Rodríguez, del área de Historia Moderna, Juan Ramón Cirici Narváez y Fernando Pérez Mulet, estos dos últimos del área de Historia del Arte. El firmante de estas líneas tuvo en un momento ya muy lejano en el tiempo el privilegio de haber sido alumno de los profesores Pérez Mulet (en segundo y tercer curso de la ya inexistente carrera de Filosofía y Letras) y Bustos Rodríguez (en tercer y quinto curso), y cada uno de ellos, obviamente, jugó un papel en su formación intelectual.

De Fernando recuerdo sus clases tranquilas, pausadas y serenas. Nunca consistieron en la presentación de un catálogo de obras artísticas, sino en la exposición de una serie de reflexiones, fruto de sus ya numerosas lecturas, con la diapositiva de fondo, diapositiva que, todo hay que decirlo, en aquel momento nos parecía el no va más de la tecnología, y que desde hace muchos años ha sido condenada a la papelera de la historia. Fernando me hizo amar la historia del Arte al trascender del enfoque catalográfico y al convertirla en una rama más de la historia de la Cultura, de imprescindible relación con otras disciplinas como



la Filosofía, la Literatura o la Historia propiamente dicha. Con el paso de los años Fernando dejó de ser el profesor para convertirse en el compañero, siempre atento, amable y pausado.

Con Manolo la objetividad es imposible. Cuando me dio clases ya estaba rodeado de esa aureola de profesor terrible, aureola que le ha venido acompañando hasta el último momento, aunque todos los que le hemos conocido de una forma más cercana hemos sido testigos de su talante amable y generoso. Manolo ha jugado un papel fundamental y único en mi trayectoria universitaria, ya que fue la persona que en su momento me avaló para la obtención de la Beca de Investigación, me dirigió la tesis de Licenciatura y la Tesis doctoral, y estuvo apoyándome en los momentos clave como fueron la oposición a la plaza de profesor titular de Universidad, y, con posterioridad, a la de catedrático de Universidad. Y, por supuesto, Manolo fue la persona que me hizo amar la Historia moderna, y gracias a la cual descubrí la importancia de una corriente historiográfica presuntamente superada, pero que provocó en su momento que nuestra disciplina no volviera a ser la misma, cual es la escuela francesa de los Annales.

¿Y qué decir de Juan Ramón? No fue profesor mío durante la licenciatura, ya que por aquel entonces se dedicaba a la ingrata pero muy honorable labor de profesor de Enseñanza Media. Por tal motivo, las referencias que puedo proporcionar de él son más vivenciales que estrictamente académicas, y, en este sentido, Juan Ramón siempre ha sido un compañero animoso, divertido, y de buen humor. Recuerdo esas selectividades en las que coincidimos algunas veces en Algeciras, que supo transformar en vivencias inolvidables, y, especialmente, ese viaje a Grecia realizado en el año 2010 con otros compañeros y compañeras de la Facultad, en el que vivimos algunas experiencias sencillamente delirantes. Sin olvidar los muchos momentos de convivencia y esparcimiento en los cuales la presencia de Juan Ramón siempre ha sido un auténtico regalo.

Se podrá decir que todas estas reflexiones son muy personales, pero es que hemos pretendido conscientemente que así lo fueran. Nuestra intención ha sido la de transmitir a estos compañeros el papel que han jugado en nuestra biografía intelectual y personal, así como agradecerles que durante muchos años nos hayan concedido el honor y el privilegio de acompañarnos en ese vagón de tren que es nuestra vida. A partir de este momento, los vagones cambian, y esperamos que el suyo sea lo más cómodo, confortable y placentero posible, pero siempre nos quedarán los recuerdos, las evocaciones de algunos momentos inolvidables y la huella, académica y/o personal, que han dejado en el autor de estas líneas. A los tres, les deseo lo mejor.

Arturo Morgado García